

á las Cámaras dos millones de francos para gastos secretos, diciéndoles: «Necesito estos medios de gobierno, ó me retiro». Al mismo propósito obedeció la facultad que se hizo votar de señalar la residencia á los emigrados políticos. La defensa del derecho de éstos á vivir donde mejor les pareciera, hecha por los radicales, fué admirable. Guizot, sin embargo, contestó: «No todos los emigrados son modelo de prudencia; los hay que podrian ser en Francia causa de trastornos y que deben ser vigilados».

A la sazón, se cebaba en París el cólera, que había assolado á media Europa y que había de proseguir su camino. El terror de todas las clases, altas y bajas, era tan grande, que á la sesión del trece de Abril de mil ochocientos treinta y dos sólo asistieron treinta y cinco diputados y fué menester suspender los trabajos. Casimiro Perier, molesto de atrás á consecuencia del ímprobo trabajo, que mantenía su espíritu en constante tensión, después de haber visitado en unión del duque de Orleans el hospital *Hôtel dieu*, hubo de meterse en cama, falleciendo el diez y seis de Mayo. A la vez que Perier, fueron atacados del cólera sus compañeros de gabinete, Biguier d'Argout, Sebastiani y Guizot, siendo en el ínterin el alma del gobierno el mariscal Soult. Perier falleció á tiempo para su gloria. Con aplauso de la opinión se le tributaron solemnísimas honras, y por suscripción popular se le construyó, en un terreno cedido por la ciudad de París, suntuoso panteón. «Carácter enérgico hasta el heroísmo», Perier merece, por sus condiciones personales, el elogio desinteresado de la historia. No sería este juicio tan lisonjero si hubiese vivido algunos años más; porque su política, al transformar la monarquía popular de Luis Felipe en monarquía de combate, no podía menos de determinar lamentables hechos de fuerza. Contestando á la campaña violenta, pero legal, de la oposición con prisiones, denuncias, multas y violencias, disolviendo el motín de la plaza Vendôme con las bombas de incendios, exasperó á los partidos de radical oposición, y de aquí vino el que primero los carlistas, luego los republicanos, cuyas intenciones llenaron largo período, y, por último, los bonapartistas, se lanzaran á la insurrección y convirtieran el suelo entero de Francia en campo de batalla, donde se riñeron cruentas luchas, que empujaron á Luis Felipe por caminos de perdición.

Mejor rumbo seguía la revolución de Bélgica. Para llevar á la práctica la declaración de que «las provincias belgas, violentamente separadas de Holanda, constituían un Estado independiente», se convocó un Congreso nacional para el diez de Noviembre de mil ochocientos treinta. Tan lejos se estaba aún del concepto de la igualdad política que, sin embargo de haberse logrado la independencia con el concurso de todo el pueblo, se resolvió que el Congreso nacional, que debería componerse de doscientos diputados, fuese elegido no más que por los belgas mayores de veinticinco años y que pagasen de contribución de trece á ciento cincuenta florines, según las localidades, ó que ejerciesen profesiones liberales. Luis de Potter, decano del gobierno provisional, pronunció el discurso de apertura,

en que recordó la opresión de los holandeses, justificó la revolución y expuso la obra comenzada por el gobierno, que al Congreso incumbía terminar y consolidar. De Gerlache era el candidato de los católicos para la presidencia; mas no consiguiéndose que aceptara, fué elegido, después de tres votaciones, el barón Surllet de Chokier, de sesenta y tres años, liberal moderado, transigente y desprovisto de toda ambición. En esta votación se puso de manifiesto la diferencia de opinión de los constituyentes, partidarios unos del príncipe de Orange; otros, con de Potter á la cabeza, de la república; muy pocos, de la anexión á Francia, y los más, defensores de una monarquía nacional. El doce de Noviembre, el gobierno provisional resignó sus poderes, y aunque los recobró en el acto á instancia del Congreso, esta deferencia disgustó á Potter, que consideraba al gobierno provisional como depositario de la autoridad suprema y legítima, y, en su consecuencia, presentó la dimisión y se retiró á Francia.

Por ciento ochenta y ocho votos, que constituían la unanimidad del Congreso, declaró éste, el diez y ocho de Noviembre, la independencia del Bélgica, «salvo las relaciones del Luxemburgo con la confederación germánica». Por ciento setenta y cuatro, contra trece de republicanos, que el pueblo belga adoptaba como forma de gobierno la monarquía representativa y hereditaria, acuerdo que hizo exclamar á de Potter: «¡Lástima haber vertido tanta sangre para tan poca cosa!» Por ciento sesenta y uno, contra veintiocho de orangistas, que los individuos de la familia de Orange quedaban excluidos perpetuamente de la corona de Bélgica. En estas deliberaciones, como en las subsiguientes, procedió el Congreso con entera libertad, gracias á la situación de Europa, imposibilitada, por la expansión del movimiento revolucionario de Julio, de acudir en auxilio del rey de Holanda Guillermo I. Austria tenía fija toda su atención en Italia; Rusia, en la insurrección de Polonia, y Prusia temía á Francia, que la amenazó con invadir la Bélgica por el Sur si un ejército prusiano la invadía por el Norte. La conferencia de Londres, á la que acudió Guillermo I demandando apoyo, contestó el veinte de Diciembre declarando disuelto el reino de los Países Bajos, y como Guillermo I alegase que semejante resolución comprometía la estabilidad de todos los tronos, y que para desvirtuarla convendría ensanchar las fronteras de Holanda, la misma conferencia falló, en Enero de mil ochocientos treinta y uno, que Holanda debía reducirse á sus límites de mil setecientos noventa, correspondiende el resto del reino, excepto el gran ducado de Luxemburgo, á Bélgica, con la obligación de mantenerse neutra y pagar la mitad de la deuda del disuelto reino. De esta última condición protestó el Congreso de Bruselas, el cual, mientras tanto, votaba la constitución del nuevo reino, ajustada al régimen parlamentario inglés. Sobre la soberanía del rey se puso la del pueblo. «Todos los poderes, se decía, emanan de la nación; el rey sólo tiene los que le otorgan concretamente la constitución y las leyes particulares. Consecuencia de esto era la necesidad de jurar el monarca, al tomar posesión

del trono, «guardar la constitución y las leyes, mantener la independencia nacional y la integridad del territorio». Se le investía del poder ejecutivo, que ejercía por medio de ministros, elegidos libremente y responsables de sus actos ante las Cámaras, verdaderas depositarias de la soberanía. El Senado y la Cámara de representantes gozaban de las mismas facultades y eran elegidos de la misma manera. La cuota de senador se fijaba en dos mil florines de contribución; la de elector, variable en cada provincia, no podía bajar de veinte florines. Senadores y representantes percibían dietas por vía de indemnización. Las Cámaras se renovarían por mitad, correspondiendo al rey el derecho de disolverlas. Creábanse, para administrar los asuntos locales, concejos comunales y provinciales, elegidos por un cuerpo electoral más amplio que el de senadores y representantes, y dotados de atribuciones correspondientes á una gran centralización. Los gobernadores y burgo-maestres ó alcaldes eran de nombramiento real, sin limitación de ninguna especie. Por último, la constitución declaraba todas las libertades: de la persona, del domicilio, de la prensa, de reunión, de asociación, de culto, de enseñanza y de lengua.

Los debates sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia fueron muy acalorados. El jefe de los católicos liberales abogó por la separación de las dos potestades. «Hemos llegado, dijo Nothomb, á una de las épocas que no se presentan dos veces en la vida de los pueblos: aprovechémosla. Hace siglos que el poder civil y el religioso se disputan la sociedad, como si el imperio del uno excluyera el del otro. Hora es ya de que cese este conflicto. Hay un mundo frente á otro, el civil y el religioso, que coexisten sin confundirse, sin tocarse en punto alguno. La ley civil y la ley religiosa tienen cada una su dominio. No hay más relación entre el Estado y la religión que entre el Estado y la geometría; señalemos nuestro paso como legisladores afirmando el gran principio de la separación de ambos poderes». Y la separación se votó; mas no en términos de equidad, sino en beneficio de la Iglesia y perjuicio del Estado, que renunció á todos sus derechos sobre el clero, se obligó á pagar el culto, eximió á los sacerdotes del servicio militar, les otorgó honores militares en las ceremonias, la posesión de los cementerios y la facultad de intervenir en la enseñanza religiosa de las escuelas.

Largas diligencias les costó al Congreso y al gobierno la provisión de la corona. Desde los primeros instantes surgieron tres candidatos: Othon de Baviera, hijo segundo del rey Luis; el duque de Lenchtemberg, hijo de Eugenio de Beauharnais, y el duque de Nemours, primogénito de Luis Felipe: un solo diputado propuso al destronado Guillermo I. Por sus pocos años, Othon resultaba imposible; Beauharnais, de la familia de Napoleón, no podía ser del agrado de Luis Felipe; Nemours habría significado una extensión considerable de Francia, que los monarcas del Norte no habrían intolerado, y la negación de las solemnes declaraciones hechas por el soberano francés. Se propuso entonces la candidatura del archiduque austriaco Carlos. Esto no obstante, resultó elegido por no-

venta y siete votos el duque de Nemours, contra setenta y cuatro, que obtuvo el duque de Lenchtemberg, y veintiuno, que logró el archiduque Carlos. Rehusada la corona por Nemours, en obediencia á la resolución de su padre, el Congreso nombró gobernador del reino al barón Surllet de Chokier. Esta larga interinidad produjo honda agitación: en algunas provincias promovieron conspiraciones orangistas, y la desorganización administrativa y del ejército, tomaron grandes proporciones. En fin, habiéndose puesto de acuerdo respecto al particular las cinco grandes potencias, Inglaterra, Prusia, Rusia, Austria y Francia, el Congreso eligió, el cuatro de Julio de mil ochocientos treinta y uno, rey de Bélgica, por ciento cincuenta y dos votos contra cuarenta y cuatro, á Leopoldo de Sajonia-Coburgo, de cuarenta y un años de edad, alemán de origen, inglés por su matrimonio con la princesa Carlota, muerta catorce años antes, y cosmopolita por sus gustos, por su vida errante á través de Europa y por sus alianzas con muchas dinastías reinantes. No era un ambicioso vulgar. Años antes había rechazado la corona de Grecia, por estimarla demasiado ocasionada á disgustos, y ahora, para aceptar la de Bélgica, impuso por condición el consentimiento explícito de la conferencia de Londres, con el que se contaba, por haberlo expresado los monarcas en ella representados. En efecto, el veintiséis de Junio de mil ochocientos treinta y uno, la conferencia redactó el tratado llamado de los *Diez y ocho artículos*, en el que se reproducían los principios generales contenidos en el protocolo de Enero anterior, agregándose que una negociación separada resolvería sobre la cuestión del Luxemburgo; que los territorios enclavados respectivamente en Holanda y Bélgica pudieran cambiarse, y que la deuda se dividiera teniendo en cuenta su origen. Leopoldo aceptó los diez y ocho artículos; dejó á Londres, y fué proclamado rey en Bruselas el veintiuno de Julio, en medio del más vivo entusiasmo.

Guillermo I, irritado por las concesiones hechas á Leopoldo I y en la confianza de que los tres monarcas absolutos rectificarían su compromiso, invadió la Bélgica once días después de la coronación del nuevo rey. Confiados los belgas en su fortuna y faltos todavía de organización, no pudieron oponer serios obstáculos al invasor, que los derrotó en uno y otro encuentro. Leopoldo acudió entonces á la conferencia de Londres. Prusia, Rusia y Austria no vieron con malos ojos el triunfo de Guillermo I; al contrario, Francia, por simpatía revolucionaria, é Inglaterra, por interés comercial, mostráronse resueltas á defender el tratado de los diez y ocho artículos, y la primera envió un ejército en auxilio de los belgas, mientras la otra bloqueaba las costas holandesas. Guillermo retrocedió, no sin dejar guarnición en la ciudad de Amberes, que el mariscal Gerard sitió y tomó después de tres semanas de resistencia. Entonces el rey de Holanda pidió la paz, que se ajustó mediante la convención de Londres, fecha veintiuno de Mayo de mil ochocientos treinta y tres, llamada de los *veintiocho artículos*, por los que se declararon abiertos al comercio los ríos Escalda y Mosa y se despojó á Bélgica de parte de los territorios de

Limburgo y Luxemburgo, así como de varias franquicias de que venía gozando de muy antiguo. Protestó Leopoldo, pero Guillermo aceptó, y dentro de la paz, muy despacio, se siguió discutiendo diplomáticamente acerca del pago de la deuda, de los límites entre Bélgica y Holanda, de la navegación de los ríos y alguna otra cuestión, que fueron resueltas definitivamente el cinco de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y dos por el tratado de La Haya, firmado por el hijo y sucesor de Guillermo. Entonces cesaron todas las diferencias, «resultando que la independencia de Bélgica fué proclamada en principio por los belgas insurgentes y establecida de hecho por Francia con el consentimiento oficial de las grandes potencias de Europa».

Reinó Leopoldo I con fortuna. Tío de Victoria y de Alberto, reyes de Inglaterra, y de don Fernando, esposo de doña María, reina de Portugal, y yerno de Luis Felipe por su matrimonio con Luisa de Orleans, sirviéronle estas relaciones de familia para hacerse respetar y para afirmar la cualidad de nación neutra otorgada á Bélgica por las grandes potencias. El naciente reino prosperó bajo su ilustrada dirección. Proveyó á la seguridad levantando fortalezas y organizando un ejército, que tres lustros después constaba de cien mil hombres. Desarrolláronse la industria y el comercio, y una red de ferrocarriles, comenzada en mil ochocientos treinta y cuatro, llevó la vida á todas partes. La instrucción pública, objeto preferente de su atención, hizo notables progresos, merced, muy principalmente, á las universidades oficiales de Gante y de Lieja, y á las libres de Lovaina, católica, y de Bruselas, racionalista.

El feliz desenlace de la insurrección belga contrasta con el desdichadísimo de la de Polonia. Chlopicki, convencido de que la suerte de su patria dependía del calor que encontrara en las grandes potencias, envió á todas partes plenipotenciarios á negociar. El resultado no había de ser lisonjero. Nada á la sazón tan popular en Rusia como la guerra á Polonia. De «crimen», de «odioso atentado», calificó Nicolás I la insurrección al notificarla á las tropas, y añadió: «Cuando marchéis contra Polonia, acordaos de que vosotros sois hermanos de la misma sangre». Prusia, atenta á no perder las posesiones polacas que los tratados le aseguraran, dejaba á Rusia en completa libertad; Austria, por la misma razón, y por tener los ojos puestos en Italia, juzgaba conveniente ahogar la revolución; Inglaterra, no teniendo interés alguno, comercial ni político, en que triunfara ó dejara de triunfar Polonia, se mostraba indiferente; sólo Francia, siempre generosa, simpatizaba con los pobres polacos. El partido del Hotel de Ville considerábase obligado á ayudarles hasta con las armas, y en los conservadores mismos no faltaban deseos de favorecerles. Los periódicos hablaban á diario del asunto; reuniones públicas votaban mensajes de felicitación á los polacos; en las Cámaras se pronunciaban discursos violentos; hasta se organizaron manifestaciones, una de las cuales apedreó, como dijimos arriba, la embajada rusa. ¡Cuántos disgustos dieron á los gabinetes de Luis Felipe los efectos que en sus

gobernados producían los acontecimientos de Polonia! A esto se debió, en parte, la caída de Laffitte y el triunfo del partido conservador. No bien subió Perier al poder, envió de embajador á San Petersburgo, por insinuación del propio Czar, á Montemar, dándole por toda instrucción que, al tratarse de Polonia, se apoyase en el texto de los tratados de mil ochocientos quince.

Abandonada Polonia á solas sus fuerzas, la conveniencia le aconsejaba retroceder. Reduciase su ejército á cincuenta y siete mil novecientos veinticuatro hombres de á pie, diez y ocho mil doscientos setenta y dos de á caballo, tres mil voluntarios y ciento cincuenta y ocho cañones, mientras los rusos podían abrir la campaña con ochenta y seis mil infantes, veintiocho mil caballos y quinientos cincuenta y seis cañones. Con gran cordura, Chlopicki declaró á la Dieta que la salvación estaba en conseguir un acomodo con el Czar: «Es vuestro rey, le dijo; lo habéis jurado». Mas, excitados los ánimos hasta el paroxismo, la prudencia se consideró traición: Chlopicki fué despojado en el acto de los poderes dictatoriales, y como renunciase el cargo de general en jefe, se nombró en su lugar al príncipe Radzivil, muy anciano y falto de experiencia militar. Desatadas las pasiones, los exaltados se impusieron, y uno de ellos, Solyk, propuso á la Dieta proclamar la destitución de Nicolás I y de sus herederos; que no ya los polacos del reino, sino sus hermanos de los ocho palatinados se considerasen desligados del juramento de fidelidad, y que se declarase la guerra á Prusia y Austria, con la resolución de vencer ó morir. La Dieta rechazó estas proposiciones, mas al enterarse oficialmente de que Nicolás se negaba á cuanto no fuera someterse incondicionalmente, en un raptó de ciego heroísmo votó por unanimidad, el veinticinco de Enero de mil ochocientos treinta, la caducidad del derecho de Nicolás I á la corona de Polonia. Por esta resolución, la Dieta perdía el derecho que le reconociera la Santa Alianza á ser considerada como nación. Iba á cumplirse la frase del Emperador: «El primer cañonazo significará la ruina de Polonia».

El cinco de Febrero, traspuso la frontera un ejército ruso de cien mil hombres, al mando del feld-mariscal Diebitch, que vertió en su proclama á los soldados esta frase: «Las bayonetas rusas probarán á los polacos que su traición es tan impotente como fué criminal». Diebitch avanzó hasta el corazón de Polonia, atravesando fácilmente sus grandes ríos helados. No más que cuarenta y siete mil soldados le opusieron los polacos, cuyo heroísmo rayó en toda la campaña á una altura incomparable. En Grochow y otros encuentros, si cedieron al número, mostraron que sabían hacer frente á lo más distinguido de los rusos. Sustituído el incapaz Radzivil por Skrzynecki, ordenó éste á Prondzynski, su jefe de Estado Mayor, que tomase la ofensiva, y aun cuando no procedió con la necesaria actividad, en once días hizo perder á los rusos diez y seis mil hombres, diez banderas y treinta cañones. En Ostrolenka, cuarenta mil polacos se batieron bizarramente contra setenta mil rusos. Disgustado el Czar con Diebitch, que le había ofrecido estar en Varsovia el mis-